

000007

arturo uslar pietri

DE UNA A OTRA
VENEZUELA



MONTE AVILA EDITORES

que nos envuelve y nos amenaza a todos, políticos y no políticos. Y ya sería empezar a entenderlo así el hablar menos de "revoluciones" y el pensar más en el complejo fenómeno de la crisis venezolana que, entre otros efectos, las ha provocado.

LOS PRIVILEGIADOS DEL PETRÓLEO

El crecimiento del poder económico, social y político del Estado; la inestabilidad manifiesta de las instituciones políticas y jurídicas; y la acentuación de la desigualdad económica entre las clases sociales, son algunos de los rasgos más salientes de la vida venezolana en los últimos años. Saltan a los ojos del más lerdo observador de nuestra reciente historia. Y se alzan impresionantes sobre el panorama del presente y del porvenir del país.

Lo primero que importa tener presente para comprenderlos, explicarlos y hallarles una solución es que no son hechos aislados, fenómenos inconexos provocados por distintas y propias circunstancias. Son, por el contrario, manifestaciones íntimamente conexiones de un solo y único fenómeno, de un mismo proceso que los engendra y determina. Ese proceso central, determinante, matriz y fuente de todos los otros está constituido por la aparición y el crecimiento rápido y desproporcionado de la riqueza petrolera en el medio venezolano. La riqueza más dinámica, tecnificada e internacional del mundo, en un medio débil, atrasado y sin resistencia orgánica, ni poder de absorción. Esa, y no otra, es la raíz de la que podemos llamar la crisis venezolana. Ella es la que provoca esas otras manifesta-

ciones exteriores y espectaculares, que parecen retener, desgraciadamente, toda la atención nacional.

A poco de observar objetivamente la realidad de nuestro proceso veremos con impresionante evidencia cómo todo deriva de aquella fuente y cómo mientras el fluir de esa fuente no se modifique favorablemente, las consecuencias inmediatas o remotas no podrán ser modificadas aisladamente.

El crecimiento impresionante del poder del Estado en Venezuela va paralelo con el desarrollo de la riqueza petrolera. Un Estado cada vez más rico ha sido un Estado cada vez más poderoso e incontrolable en un país pobre y sin resistencia. Las consecuencias políticas de semejante situación son obvias. La existencia de un Estado tan poderoso en un medio subordinado y débil, tiende a desvirtuar las instituciones y a crear condiciones adversas para la efectiva existencia de un sistema político de frenos y contrapesos, que es la esencia de la democracia.

Y así como el petróleo determina el crecimiento del poder del Estado, con tantas y tan importantes consecuencias, así también determina la creciente y amenazadora desigualdad, y alimenta las raíces de la inestabilidad política.

Para verlo basta seguirle el camino al dinero petrolero. Siguiéndole el curso como a un río lo veremos rodar creando y modificando las condiciones del campo que atraviesa. Río de riqueza torrentosa que pasa inundando campos, arrastrando árboles, llevándose la tierra vegetal de un terreno a otro, alterando el relieve del suelo y hasta la fisonomía del paisaje. La vida circundante se asocia a él en todas sus formas: en creación, en modificación, en destrucción.

El río de la riqueza petrolera brota de una sola fuente: la actividad de las empresas explotadoras. Y brota con todo su caudal desde el primer momento. Las empresas petroleras aportan anualmente a Venezuela una cantidad de dinero, para atender al pago de los impuestos y obligaciones contraídas con el Estado venezolano, y para cubrir los gastos de su explotación: adquisiciones, salarios, remuneraciones, servicios, etc.

Ese dinero pasa a manos de una minoría. Los pagos que hacen directamente las empresas van a manos de sus obreros, empleados y profesionales. En total, alrededor de sesenta mil personas que reciben los más altos salarios que se pagan en el país, las prestaciones más completas, las mejores condiciones de trabajo y los más altos sueldos y honorarios. Obreros, oficinistas, técnicos, profesionales, que constituyen una minoría económica y socialmente privilegiada.

La realidad es que constituyen un número de personas no mayor que la población de Valencia, por ejemplo, con relación al resto de Venezuela, y que disfrutan de condiciones y de ventajas que están absolutamente fuera del alcance y de las posibilidades de la inmensa mayoría que constituye el resto.

¿Qué profundas transformaciones económicas serían necesarias para que el peón ganadero de Apure, o el pescador de la costa de Paria, o el triguero de Bailadores, llegaran a tener una casa semejante a la que el obrero tiene en el campamento petrolero, y un hospital moderno y servicios médicos efectivos al alcance de sus pasos, y seguro social y educación para sus hijos? La distancia es grande y fácil de apreciar. Para que semejante ilusión fuera posible sería necesario que la cría de ganados en el Llano, o la

pesca en el Caribe, o la siembra de trigo en los Andes, se volviesen el campo de empresas económicas tan poderosas, modernas y ricas como las que explotan el petróleo. Y que para esos productos se crease un mercado mundial tan vasto y ávido como el que absorbe los productos del petróleo.

Esto significa que ello no será posible, y que la desigualdad entre la minoría petrolera y la mayoría nacional nunca podrá ser enteramente colmada por el progreso económico de la mayoría nacional.

Los pagos que por su parte hace el Estado van también a otra minoría. Sin duda más extensa y variada que la de los obreros y empleados petroleros, pero también minoría con relación a la dimensión social de la nación.

El Estado distribuye el dinero petrolero por medio del Presupuesto. Por medio de las partidas de gastos del Presupuesto ese dinero va a las manos de obreros de obras públicas y de dependencias oficiales. Estos obreros, aunque situados en un nivel inferior al de los petroleros, reciben salarios y prestaciones que, en general, no están al alcance del peón agrícola y del artesano del interior. Luego están los empleados públicos, y los que derivan beneficios de contratos y servicios del Estado. Esta también es una minoría.

El Estado también distribuye una parte de sus ingresos en fomentar la vida económica privada, en subsidios a industrias, créditos a la producción, y ayudas y primas a la exportación. Esta forma de inversión es la que virtualmente podría alcanzar a un mayor número de venezolanos y la única que tiene la posibilidad de introducir modificaciones importantes en el cuadro desolador de nuestra dependencia del petróleo.

El dinero que va a las manos de esa minoría privile-

giada se invierte en Caracas, en tres o cuatro ciudades del interior y en los campos petroleros. Se invierte principalmente en bienes de consumo y en servicios. Y en residencias urbanas. Poco es el que se reinvierte, por medio del ahorro, en producción y en desarrollo del organismo económico nacional.

Ese dinero petrolero invertido en esa forma concentrada viene a beneficiar finalmente a los comerciantes importadores, al Estado por medio de los impuestos a la importación y a la venta, a los profesionales que prestan sus servicios al Estado, a las empresas, y a las minorías dependientes de esas dos entidades; y finalmente a los especuladores en terrenos urbanos y en precios de inflación. Alza inflacionaria que favorece la formación de rápidas fortunas en especulación, y que es una consecuencia monetaria directa del crecimiento de la riqueza petrolera.

Todos estos que hemos venido enumerando constituyen la minoría privilegiada del petróleo. Superpuesta a la mayoría venezolana cuya vida, cuyos medios, cuyas posibilidades, han cambiado muy poco con el auge del petróleo.

Esta minoría de consumidores privilegiados, que disponen de servicios y de recursos, son los que constituyen y pueblan esa Venezuela artificial petrolera que se ha superpuesto a la Venezuela pobre, agrícola y tradicional. Es decir, una minoría que vive en modernas casas, que trabaja en rascacielos con aire acondicionado, que viaja en aviones y lujosos automóviles, que se cura en clínicas ultramodernas, que consume los más delicados y costosos alimentos que pueden importarse; y una mayoría de alpagata y rancho de paja que come de lo poco que siembra o pesca o caza. Una minoría que vive como en el Nueva

York del siglo XX, y una mayoría que sigue viviendo como en la Burburata del siglo XVI.

Esas dos Venezuelas: la artificial y la real, la petrolera y la agro-pecuaria, la moderna y la tradicional, la rica y la pobre, la fingida y la verdadera, la transitoria y la permanente, son la manifestación del grado extremo de desigualdad económica y social a que ha llevado a Venezuela la expansión súbita, sin control y sin dirección de la riqueza petrolera.

Así vemos cómo esa amenazadora desigualdad, que tantas estrechas conexiones tiene con la inestabilidad política, no es sino una de las manifestaciones de la crisis venezolana, de ese terrible proceso alterador, que, en definitiva, mana de los pozos petroleros.

EL PETRÓLEO Y LA INESTABILIDAD

El poder creciente del Estado venezolano, derivado de la riqueza petrolera creciente que administra, lo convierte en un ente superior y en mucha parte independiente del medio social y económico nacional. Lo independiza de las instituciones y lo hace más fuerte que los controles legales. Lo lleva a convertirse de hecho en un árbitro incontrolable de la vida nacional.

Esta condición evidente constituye uno de los más graves obstáculos para la implantación de un régimen verdaderamente democrático en Venezuela. Tiende a desnaturalizarlo y a hacerlo nugatorio.

La riqueza petrolera fomenta igualmente un grave estado de desigualdad social. Mayorías pobres, sin fe en el trabajo, y sin gusto por el género de vida a que están limi-

incremente la erosión, es sencillamente una desgracia nacional.

Los términos del problema son simples, hay que poner la población a sembrar el petróleo, pero sin que esa siembra signifique aumento de la erosión y empobrecimiento de nuestros recursos naturales.

Hechos simples y concretos que, sin embargo, estamos perdiendo de vista.

EL MINOTAURO

La Grecia clásica supo dramatizar en fascinadores mitos los temas de su historia. Eran experiencia vivida incorporada en formas poéticas. Por eso, los más de ellos, siguen siendo temas del destino del hombre.

De una hora oscura y trágica surgió la ficción del minotauro. De una de esas horas en que el destino de la ciudad parecía perdido para siempre ante la fuerza enemiga. El mito cuenta la amenaza de esa fuerza sobrehumana y el triunfo final del griego. El héroe es el que acomete lo imposible para salvar la ciudad.

Los griegos contaban que Minos, el rey de Cnosa, recibió de Poseidón un toro divino sacado del mar, para sacrificarlo al dios. No cumplió Minos la promesa de sacrificar la hermosa bestia, y Poseidón, colérico, hizo que Pasífae la reina concibiera una pasión bestial. De los amores infrahumanos de Pasífae con el toro nació el minotauro. Un monstruo de cuerpo humano y cuello y cabeza de toro. Un monstruo espantable, devorador de vidas humanas. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural.

El minotauro fué encerrado en el laberinto fabuloso,

y para alimentarlo Minos impuso a los atenienses el tributo periódico de siete mancebos y siete doncellas.

El cruento tributo duró hasta que vino el héroe. Teseo el hercúleo penetró en el laberinto. En el laberinto vive el minotauro. Supo Teseo entrar, vencer y salir. Por esa hazaña vive en un hermoso mito en la memoria de los hombres.

Yo no sé si dentro de unos siglos, la Venezuela que pueda sobrevivir a esta trágica prueba, dará los poetas necesarios para crear un nuevo mito con el recuerdo de su trágico presente. Porque la Venezuela de hoy tiene su minotauro histórico, el hecho cierto de trágica sustancia mítica. Lo que no tiene, y no parece que va a tener es ese Teseo del certero destino heroico. Tampoco bastaría un Teseo, sino una legión de Teseos, una legión teseica que se decidiera a emprender el grande e inaplazable combate de vida o muerte.

El minotauro de Venezuela es el petróleo. Monstruo sobrehumano, de ilimitado poder destructor, encerrado en el fondo de su laberinto inaccesible, que está devorando todos los días, algo que es tanto como sangre humana, la sustancia vital de todo un pueblo. Es como si estuviera sorbiendo la sangre de la vida y dejando en su lugar una lujosa y transitoria apariencia hueca.

El petróleo se ha convertido en un minotauro, en un monstruo devorador, para Venezuela, por la culpa de los venezolanos. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural. Como el minotauro.

Hasta hace treinta años tuvimos un país pobre, que seguía un lento proceso de crecimiento. Un país de cultivadores y de guerrilleros, aislado del mundo, sin comuni-

caciones interiores, entregado a una lenta vida provincial y limitada. Pocos augurios había de un risueño porvenir. Pocos también de una trágica catástrofe que pudiera hacerlo desaparecer. El presupuesto nacional apenas pasaba de los cien millones de bolívares, se vivía de lo que se producía, las gentes adineradas andaban en coches de caballos producidos en el país, el hielo era un lujo desconocido, la leche se ordeñaba a las puertas de las casas, toda la importación no alcanzaba al centenar de millones, un alto empleado ganaba quinientos bolívares al mes.

Pero vino el petróleo, el toro regalado por el divino Poseidón. Y no quisimos cumplir la promesa. Incorporar el petróleo a nuestra vida y no nuestra vida al petróleo. Hacer de aquel regalo un incentivo para el desarrollo de la riqueza propia, y no abandonar la riqueza propia para gozar del regalo. Donde había una vaca haber puesto dos. Donde había un erial haber puesto una sementera. Donde había una vereda haber puesto un camino. Donde había un torrente haber puesto un canal. Multiplicar los animales, los granos, las flores. Haber hecho al trabajo más productivo y más hermoso. Todo eso era la promesa. Convertir la riqueza transitoria del petróleo en riqueza permanente de la nación.

Era la promesa, pero la violamos. En lugar de hacer del petróleo el maravilloso apoyo para el más rápido y seguro desarrollo de la riqueza nacional, hicimos de él un monstruo. Un trágico minotauro dentro de un laberinto inextricable. No nos ocupamos de crear riqueza propia, sino de disfrutar de la riqueza petrolera, convertir lo más rápidamente el petróleo en bolívares, para a su vez convertir aún más rápidamente esos bolívares petroleros en objetos de lujo, en disfrute y hasta en alimentos.

La producción venezolana no aumentó. Por el contrario algunos renglones disminuyeron. Pero en cambio el presupuesto de la nación subió hasta acercarse hoy a los dos mil millones por año. Veinte veces lo que era antes. Doscientas veces lo que era el presupuesto al separarse el país de la Gran Colombia. Las importaciones suben. Alcanzaban a cincuenta millones en 1906, llegan a trescientos millones en 1938, y hoy deben pasar de mil millones de bolívares por año. Importamos granos, importamos leche, importamos carne, importamos telas, importamos frutas, importamos huevos, importamos pan. Importamos casi todo lo que estamos necesitando para vivir. Lo único que ha aumentado en nuestra tierra son los bolívares petroleros y las importaciones. Los bolívares como cada día son más, cada día compran menos. El minotauro ha provocado la inflación. Le ha sacado su sustancia al bolívar. Cada día vale menos. Se derrite en las manos. Es como si fuera una moneda de hielo que se vuelve agua. Los bolívares del minotauro son de hielo.

La producción venezolana no aumentó. Pero en cambio los costos de esa producción sí aumentaron. Todos los costos de nuestra producción están por sobre el nivel de los costos mundiales. La más alta calidad del más fino café de Colombia es más barato que nuestra pasilla. Nuestro maíz, nuestra azúcar, nuestro arroz, nuestra carne están muy por encima de los precios que se cotizan en los mercados mundiales. Esto significa que no podemos venderle nada a nadie, y que todo nos resulta más barato importándolo. Más barato es traer el arroz del Ecuador, más barato es traer el maíz de la Argentina. No podemos exportar sino petróleo y abigarradas caravanas diplomáticas. Si pudiéramos hacer abstracción del petróleo, nos en-

contraríamos que el país está más pobre de lo que era antes de que lo tuviéramos. Producimos menos. Son mayores los obstáculos para producir. Ha disminuído nuestra aptitud para producir riquezas. No sólo hemos adquirido los hábitos, sino hasta la mentalidad del parásito. Nadie es más pobre que un parásito. Nada tiene. Su porvenir pertenece al ser que lo nutre.

Mientras nuestra realidad se va depauperando, haciéndose cada vez más artificial y dependiente. Mientras todo se convierte en petróleo. Mientras todo no es sino petróleo con otras apariencias, la desproporción mortal sigue creciendo. Cada día, en términos de lo propio estamos más pobres y más exhaustos, y el minotauro crece dentro de su laberinto. Se le siente el pujante aliento devorador. Crece, producirá más bolívares, provocará más importaciones, más inflación, más despilfarro, más desnivel, devorará más. No siete doncellas y siete mancebos. Sino la sustancia vital con la que una tierra puede sostener todas sus doncellas y todos sus mancebos.

Crece el minotauro. Hace pocos días los periódicos publicaron esta noticia: "La producción de petróleo de Venezuela durante el primer semestre de 1948 ha experimentado un aumento cercano al quince por ciento sobre la producción en igual período de 1947".

Y mientras el minotauro crece amenazante nada estamos haciendo por luchar contra él y vencerlo. Por matar al monstruo devorador y poner en su sitio el manadero de una riqueza permanente y de una vida estable.

A la puerta del laberinto disputamos sobre teorías políticas, cantamos canciones, hacemos desfiles, invocamos grandes y hueras palabras. Pero allí está el minotauro devorando.

Nada estamos haciendo por enfrentarlo y vencerlo. Parece ignorar el destino. No hay ni señales de que vayamos a organizarnos en teseica legión para luchar por la salvación de lo que no es nada menos que la vida de nuestro pueblo.

A la hora en que deberíamos estar planeando la hazaña teseica, serenos, resignados, heroicos, andamos jugando a la política, pavoneando nuestro pequeño orgullo, atizando nuestros mezquinos odios.

Junto a esta gran cuestión de vida o muerte, todo lo demás no sólo debería ser secundario, sino pospuesto.

Los que vengan mañana, cuando la obra de destrucción esté consumada, no tendrán sino motivos para maldecirnos.

LA NACIÓN FINGIDA

Construída con petróleo transitorio se alza en Venezuela una nación fingida. De calidad tan transitoria como el petróleo con que está construída su apariencia. No más verdadera que una decoración de teatro.

Es como si con el dinero abundante y transitorio del petróleo hubiéramos levantado sobre la fisonomía de la verdadera Venezuela costosos telones, efectos de cartón y reflectores, panoramas de brocha sobre papel que van a deshacerse pronto a la intemperie. Por sus huecos y desgarrones, cuando pase el maná petrolero, volverá a asomar trágica la Venezuela verdadera, la pobre, la que olvidamos oculta por la bambalina pintada.

El petróleo no nos ha servido para transformar la nación real sino para disfrazarla. Es como el caso de esos amigos ricos que invitan al amigo pobre a una costosa